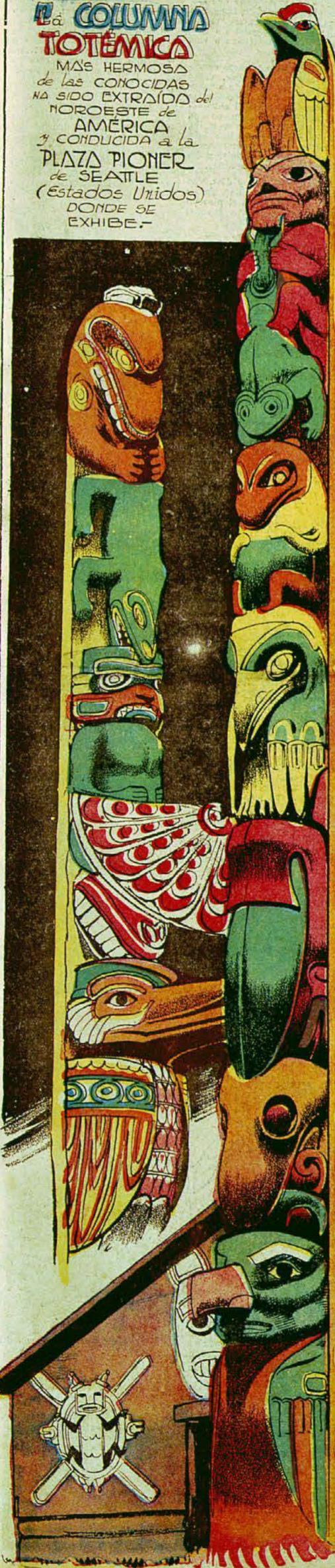


VISTO Y OIDO ★ Si el huracán la ayuda se casa pronto ★ por PREMIA!

La COLUMNA TOTÉMICA

MÁS HERMOSA
de las CONOCIDAS
HA SIDO EXTRAÍDA del
NOROESTE de
AMÉRICA
y CONDUcida a la
PLAZA PIONER
de SEATTLE
(Estados Unidos)
DONDE SE
EXHIBE.



Uno de los MÁS
FAMOSOS DANDYS
HA SIDO

LORD BEACONSFIELD,

QUE POSEIA el MEJOR
GUARDARROPAS del
MUNDO. Una VEZ CONCURRIÓ
a un BANQUETE VESTIDO de
FRAC ROJO ESCARLATA,
CHALECO AMARILLO CANARIO,
PANTALON de TERCIOPELO VERDE, PUÑOS de ENCAJE
BLANCO y ZAPATO NEGRO ENDO con HEBILLAS de SEDA.

CUANDO una MUJER ENVIUDA en
el CONGO, IZA a SU PUERTA
una BANDERA de DIVERSOS
COLORES. MIENTRAS la BANDERA
PERMANECE INTACTA, la VIUDA NO
PUEDE VOLVER a CASARSE. Hay
VECES en QUE el HURACAN la
DESTROZA la MISMA NOCHE
de SU IZAMIENTO, y ENTON-
CES al OTRO DIA YA ME-
RODEAN los NUEVOS
PRETENDIENTES.



Las ÚNICAS REGIONES de la TIERRA DONDE
NO SE HALLAN MARIPOSAS SON
ISLANDIA y las REGIONES ÁRTICAS.



El GENERAL RAMÍREZ,
LLAMADO "LECHUGUINO" por SORMIENTO,
FUNDO la REPÚBLICA de ENTRE RÍOS
y VESTIA SIEMPRE COMO
"GAUCHO ELEGANTE".

Gallos, Galleros y Riñas



por
PEDRO ALVAREZ TERAN
ILUSTRACION DE RECHAIN

SEGUN afirma B. Dürigen, en el Zendavesta, el libro que contiene la doctrina de Zoroastro, y que en el libro sagrado de los antiguos persas o iraníes, ya se encuentra el gallo considerado como un animal sagrado junto al perro, y es objeto de culto bajo el nombre de "Parodá", heraldo que anunciaba el nuevo día y ahuyentador de los malos espíritus.

Ave fétida, emblema de la vigilancia y del amanecer, "tan cuidado y venerado, figuraba en todos los jardines palaciegos y se difundió en gran manera, cuando las grandes expediciones militares pasaron".

El país de origen de las gallinas en general y de las aves de pelea en particular, es la India. De la India extiéndose rápidamente por casi todo el Asia, pasan a África y Europa. A la América las trae Colón en su segundo viaje y se propagan de manera asombrosa.

Puede decirse que desde esa época, comienza a practicarse en casi todos los países de habla española, en América Central y Sur, el deporte de las riñas de gallos. Y no lo gustan solamente blancos y mestizos, pues los indígenas también hacen de él una diversión.

En la antigua Roma, las riñas de gallos estaban a la orden del día. Los gallos de pelea romanos son llevados muy pronto a Francia, Bélgica, España, Gran Bretaña, etc. y son, originariamente, no otra cosa, que el cruzamiento de gallos salvajes con gallinas domésticas. En el período de la Edad Media y en tiempos modernos, los ingleses solían darse con deleite a la bárbara pasión de las riñas de gallos. En Inglaterra, en Bélgica y en Francia ya no las hay en público desde hace muchos años, pero a veces se efectúan en secreto. Sospechamos que, como ocurre en la Argentina, y quedará despedido luego, tales secretos son según reza el proverbio: secretos a voces.

Cuántas que para burlar la prohibición, se anunciaban en Bélgica "concursos de cantos de gallos" — chanter des coqs — para quienes como sin querer, de los dichos concursos a las riñas.

Como se ve, tenían un gran interés en ellas, de hecho, para mofarse de las ordenanzas. Pero hubiera resultado más seguro, nos parece, acomodarse con el prefecto, alcalde, comisario o lo que fuere, del lugar, tal y como se está en un país americano que conocemos bien.

Durante el siglo XIX, se criaban en Estados Unidos varias castas de aves de pelea, siendo los negros muy aficionados a ellas.

Toda América Central y Meridional: Méjico, Colombia, Perú y Brasil, experimentan por las riñas de gallos verdadero apasionamiento.

En Méjico, el gobierno llega a interesarse en ellas, de luego teniendo en cuenta los impuestos aplicables. En la India y en el Asia malaya ocurre igual cosa y en las Filipinas, el gobierno español sacaba de las entradas a los reñideros o galleras, cien mil pesos anuales.

Dedúcese, cómo las riñas de gallos servían y sirven de espectáculo popular.

Las castas de gallos de pelea se han renovado mejorándose tal vez, y hoy, como las más conocidas, se crían la Malaya, la Asil de pelea, la inglesa moderna de pelea, la australiana de pelea, etc.

No obstante, la electromañita a igual que la tauromaquia, reduce insensiblemente el número de sus aficionados, y tiende a desaparecer.



El tío Ramón (así lo nombraban todos los de la familia, pero en realidad era un tío carnal de mi madre) me llamó esa mañana temprano y me dijo con su bondadosa manera que tantas simpáticas le deparaban en la Villa Dolores, antiguo, fresco y humilde caserío, asentado en el valle de Catamarca, a escasa distancia de la capital del mismo nombre:

—Mirá, Lorencito, y me alcanzaba un balde con mezcla de maíz y otros cereales, llevá esta mezcla, y lechás cuatro puñados a cada uno de los gallos; al "guasca", el blanco medio pechado, lechás cinco. No se vaya a equivocarse m'ñijo.

Con un: —Está bien, tío Ramón, tomé el balde cuidadosamente, casi con orgullo y fui a cumplir la importante misión de dar la comida a los "pur sang" de pelea.

Tenía yo trece años por ese entonces y el tío Ramón lindaba en los setenta. A pesar de la edad era un hombre vigoroso, fuerte y enhiesto aún. Cabellera y barba blanca, le daban un aspecto venerable. Pasado en la conversación, despacito y paucamente, casi con orgullo y fufufú, me iba contando la historia de la casa de la familia, que para él era una casa de la familia, que para él era una casa de la familia, que para él era una casa de la familia.

Yo sabía, y en la villa se comentaba, que para esa tarde, habíase concertado una riña brava, entre el "guasca" y un gallo forastero. Un "tapao", según él decía.

Pasé contento toda la mañana, pensando en la fiesta de la tarde.

Mi madre se encontraba en la ciudad y no podría irme como en otras ocasiones, que presenciara la tenida sangrienta.

El brete para las riñas de gallos, era un círculo, no muy grande, dos metros más o menos de diámetro, piso de tierra firme y paraje. En el límite del círculo, vale decir en la circunferencia, se alzaba de ochenta centímetros de alto, una valla de madera, forrada de lienzo basto con un relleno de paja. Gradieria de tabloncitos, cinco tiramos a la altura del pecho del redondel. Eso era la arena. Un círculo en miniatura, cinco sin carpa, con las gradas del paraíso arrojando de la orilla de la pista.

Un tinglado rústico y abierto cubría el redondel del tío Ramón, dando sombra a la concurrencia y evitándole el solazo de las tardes noturnas.

El entusiasmo de algunos hombres en las riñas de gallos se tornaba por veces en peligro de desenfreno. Y más de una jugada interrumpíase obligada-

mente por pendencia o trunco entre los apostadores. Pero nadie se intimidaba por ello. Por otra parte, el reñidero de la casa del tío Ramón tenía fama de ser un sitio de respeto.

—¿Qué pelea, esa última del "guasca"?

Una hora después del mediodía dio lugar al reñidero dos gallos desconocidos. El uno, un bataraz corpulento, alardeador y de aspecto imponente, traído de Santiago. El otro, el "tapao", era un giro de origen misterioso y al que, no obstante eso, habíasele encontrado adversario en seguida.

Cerca de las dos, comenzó a

ocurriendo. Pero mi afecto presentaba la tristeza y la pena, se le adelantaban al momento fuerte, en el corazón. El "guasca" era su orgullo y lo quería.

De seguro que la hora estaba encima. El juez miraba su reloj de níquel continuamente. El dueño del "tapao" sin creer en una afirmativa, dijo insinuante:

—Cien pesos a cincuenta contra el blanco.

—Pago, ante el asombro general y las riadas de algunos. El "guasca" perdía y resultaba todo un episodio la apuesta emocional del mercero. Pero sucedió lo inesperado.

El "guasca" inició una retirada furiosamente seguida por el giro. Paróse de pronto, y refulgendo en dos saltos más, mostró ablandarse en un apatamiento definitivo.

El giro se detuvo en un resaca, lanzó un grito ronco y se adelantó de nuevo preparando un bote asesino y final. El "guasca" no le dio tiempo. Hecho un manojo de musculos que se tiende de súbito, picó fuerte en la cresta y afirmó.

Después de una espera por fórmula, el juez proclamó al ganador.

El "guasca" concebía ciego y victorioso, cloqueando dolorido; queriendo picar aún, en la locura tremenda de su fiebre.

Los gallos fueron retirados. Reñoso puso al blanco, enojado ahora, en manos del tío Ramón que se alejó en silencio.

Se pagaban las apuestas. Los pesos iban hinchando cinturones.

Yo corrí sudoroso y excitado en seguimiento del tío Ramón.

El, me dejó que acariciara al gallo sin ojos. En mi pecho de hombrecito en ciernes, se erigió un sollozo sin salir... Y quizás comenzó a situar el lugar de las injusticias.

La temporada de las riñas, se inicia por lo general el 25 de

mayo de cada año y finaliza en febrero del año siguiente. Los tres meses de receso, son aprovechados por los criadores y dueños de aves de pelea, para esmerar la preparación de pollos y gallos, que con todo el arte de un verdadero "training" van alcanzando el "estado" perfecto, que una vez conseguido los pondrá listos y agresivos en la arena de las picadas, los botes y la sangre.

Un pollo o un gallo de riña, requiere ante todo, para ser bueno, haber tenido ascendencia sin mezclas, vale decir que padres, abuelos y demás, fueran de casta pura de pelea; o ser mestizos, con línea paterna sin cruces de animales criollos o vulgares.

Cumplida esta primera condición, principal siempre, como acontece en el referente a "pur sang", de carrera, considérase en segundo término el entrenamiento, la preparación, en fin, la "forma". Y en esto un gallo, aseméjase a un boxeador: debe "estar" en un peso determinado de acuerdo a las condiciones demostradas para el combate.

A través de días y días, van los gallos eliminando grasas superfluas. Calzado el pico en bozal de cuero y con tapones

en lugar de aceradas púas, son largados al redondel, donde en continuos simulacros agilizan el músculo y reavivan la saña antigua de la raza, en un fogoso ritorelo de embestidas.

Hay que verlos más tarde peleando de verdad, en los múltiples reñideros clandestinos, diseminados en el país.

Buenos Aires posee sus galleras (reñideros) en número apreciable. Mataderos, Belgrano, Flores, Vélez Sarsfield, Chacarita, etc., barrios de la populosa urbe porteña, los tienen.

En los pueblos suburbanos también los hay.

Las 14 horas. Día caluroso de primavera. Una calle del barrio de... En una de sus curvas, una casa de aspecto humilde, como la mayoría de las que existen en esa arteria. La puerta de hierro de la verja está abierta. Atravesamos un Jardín pequeño, un patio lateral, un corredor y desembocamos en los fondos. Quince o veinte personas conversan en grupos. Un galpón de techo alto con tragaluces de vidrio, de cincuenta metros cuadrados de superficie y construido de material y cine, cubre una gradieria en anfiteatro. En el centro la valla circular clásica. Estamos en uno de los tantos escenarios de riñas. En éste hay reunión el primer y tercer domingo del mes.

En jaulas que se encuentran adosadas a uno de los muros, varias aves cantan o dejan oír su cloqueo inconfundible.

Por encima de una mesita, en el marco de la gran puerta, cuelga una tablilla con papel. Allí se van anotando las características de los animales que han sido traídos para reñir: peso y color; gallo o pollo. Sobre la mesa, una caja pequeña, con divisiones nutridas de púas; punta roma, media lanza y lanza. De acuerdo a los datos de la planilla que está a la vista, se van formalizando peleas, hasta por treinta pesos. Es un reñidero de pobres.

Son las 14.30 horas. Los aficionados presentes llegan a cuarenta. El juez está en su puesto, junto al brete. En una pizarra anotó las horas 14.45 en que debe iniciarse la primera pelea.

Mira un reloj de pared que pende cerca, y dice:

—¿Pueden largar. Dos aves coloradas, un pollo y un gallo, caen al redondel. Fintean, se pican y, frescos en el comienzo, se castigan con terribles espalazos. Afirmatase que uno u otro va a caer en poco tiempo más, para no levantarse.

¡Y qué suprema elegancia la de los lidiadores! Qué heróicos en el ímpetu homicida de ese duelo mortal a que los han obligado a descender!

Se asestan puñaladas y la sangre noble salpica a los primeros espectadores, situados a escasa distancia de centímetros.

En voz alta o a gritos se cambian apuestas diversas. La riña dura ya cuarenta minutos. —Doy diez pesos a siete. —¿Con cuál? —¡Con amigo, si doy, lo elijo. —Muy bien, elija. —El colorado mocho es mío. Como son colorados los dos, se apuesta al mocho o al coludo.

Hasta esa altura de la líta, el mocho ha castigado más y mejor.

Sin usura no hay apuestas. —Cinco pesos al mocho. —Ocho a cinco lo tomo. —Ya estuvo, le doy. Si los dos son gallos, terminan de pie, y picando la hora de riña, la lucha se declarará tablas.

Faltando un minuto, el colorado coludo, se asienta sobre el pecho, herido de muerte. Pero tiene dos minutos de descanso en la caída. Llega la hora. El juez se confunde y lo declara perdidoso.

La batallaha, que tiene a hacerse descomunal, le contesta. Finalmente, el juez se rectifica.

La riña ha concluido tablas. En seguida son enfrentados un giro y un negro. El negro, a los veinte minutos de combate, rebueta el encuentro y tranquea alrededor del brete. No debe ser puro de pelea. El huefo lo retira y fuera del salpón, lo degüella. Luego, lo cambia por un cigarrillo.

Un ovvero y un cenizo son puestos en el redondel. Media hora de pelea y el cenizo cae. Descansa. A los dos minutos el juez llama al corredor, le ordena que lo levante, que le "dé pie". Así lo hace. El cenizo se para, pero no pica. Tiene un careo en contra. Se ordena de nuevo:

—A una cuarta de distancia los picos.

La pobre ave, mal herida, sin huir, no pica. Así tres veces. El giro ha ganado por "careo".

Su suceden las peleas. Un blanco y un negro, un colorado y otro ovvero, un giro... El redondel está sucio de sangre y deyecciones.

Las 21 horas. Doce riñas efectuadas. No han sido presentados más gallos. El dueño del reñidero anuncia el término de la jornada y la próxima fecha de reunión.

Hombres con paquetes en forma de tubo, bajo el brazo, desfilan en silencio o conversando en voz baja, por las calles del barrio. Los paquetes muestran manchas rojas intranquilizadoras. Los hombres han de parecer cuando muy sospechosos, vecinos que regresan de hacer una última comi-

pra en el puesto de carne del mercado...

Pero, en estas tierras de América, no se les va a ocurrir nunca, como a los ingenuos belgas, realizar concupisos de "cantos de gallos" (para qué derrochar ingenio hasta ese extremo, si un perfecto, alcalde o comisario de lugar es siempre una buena persona, asequible a la ruta franqueza de los burladores?)

Tantos años habían corrido sin ver riñas, que teníamos, casi por completo olvidadas las fases del espectáculo.

Gallos, riñas, reñideros. Visión en rojo, en un círculo pequeño de una Roma desvalida.

En la remota antigüedad, tal vez hubiera sido el patriarca de alguna tribu agricultora. Pues, años pasaban sin que se alejara de la villa.

Era un viejo que se había quedado joven "para adentro" y que no había envejecido demasiado "para afuera".

Mirándole la estampa, la gravedad serena del continente, ningún forastero por muy de observador que se preciara, hubiera adivinado jamás la pasión entrañable encerrada en aquel hombre desde antiguo tiempo.

El tío Ramón amaba las riñas de gallos con toda su alma. Poseía numerosas aves destinadas a ese objeto; su selección, crianza y cuidado, ocupaban en su vida casera y sedentaria, el puesto de la primera obligación cotidiana.

Vivía en una casa grande, situada en una calle perpendicular a la principal de la villa. Caserón de modestos señores burgueses, de amplias habitaciones, con los gruesos tirantes del techo visibles y el piso royo de ladrillos grandotes. A su izquierda, un tinglado rústico y abierto cubría el redondel del tío Ramón, dando sombra a la concurrencia y evitándole el solazo de las tardes noturnas.

El entusiasmo de algunos hombres en las riñas de gallos se tornaba por veces en peligro de desenfreno. Y más de una jugada interrumpíase obligada-

mente por pendencia o trunco entre los apostadores. Pero nadie se intimidaba por ello. Por otra parte, el reñidero de la casa del tío Ramón tenía fama de ser un sitio de respeto.

—¿Qué pelea, esa última del "guasca"?

Una hora después del mediodía dio lugar al reñidero dos gallos desconocidos. El uno, un bataraz corpulento, alardeador y de aspecto imponente, traído de Santiago. El otro, el "tapao", era un giro de origen misterioso y al que, no obstante eso, habíasele encontrado adversario en seguida.

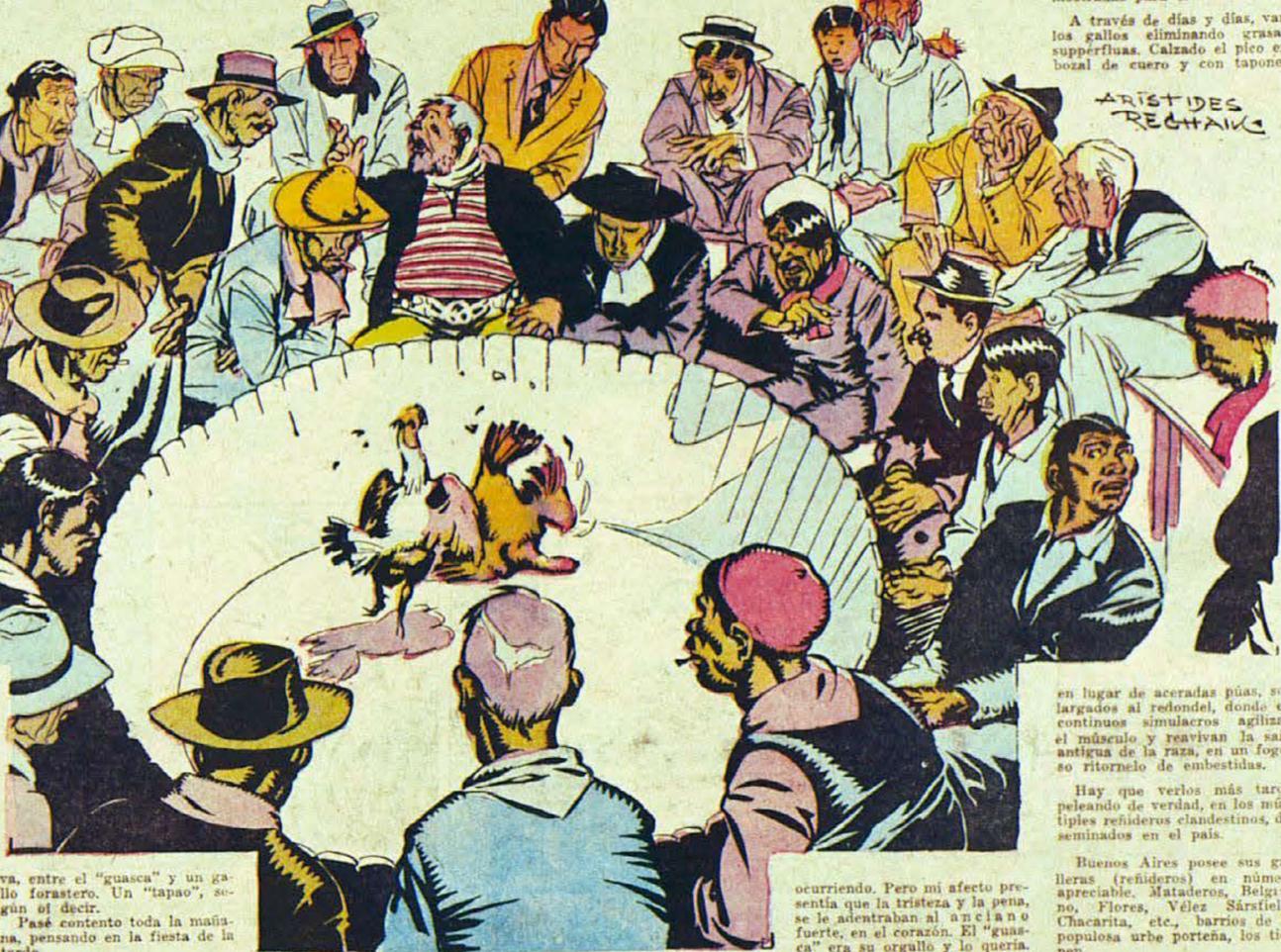
Cerca de las dos, comenzó a ocurriendo. Pero mi afecto presentaba la tristeza y la pena, se le adelantaban al momento fuerte, en el corazón. El "guasca" era su orgullo y lo quería.

De seguro que la hora estaba encima. El juez miraba su reloj de níquel continuamente. El dueño del "tapao" sin creer en una afirmativa, dijo insinuante:

—Cien pesos a cincuenta contra el blanco.

—Pago, ante el asombro general y las riadas de algunos. El "guasca" perdía y resultaba todo un episodio la apuesta emocional del mercero. Pero sucedió lo inesperado.

El "guasca" inició una retirada furiosamente seguida por el giro. Paróse de pronto, y refulgendo en dos saltos más, mostró ablandarse en un apatamiento definitivo.



ARISTIDES RECHAIN

Explicación de una Muerte

POR

RICARDO M. SETARO

ILUSTRACION DE SORAZABAI

Los pobladores de Patagones estaban satisfechos aquel día, por una imprevisita lluvia que había venido a transformar en verde el aspecto de los campos, amarillentos hasta el día anterior por efecto de la sequía. Este tema ocupaba la atención de todos aquellos que se encontraban en el bar del hotel, cuando llegó — ya definitivamente terminada la tarea que me había llevado a aquella ciudad — dispuesto a cenar, el día anterior de mi regreso a Buenos Aires.

A mí no me interesaba el asunto de la lluvia. Fuí al comedor, llamé al mozo y empecé a cenar.

Habitualmente cenó solo, cuando salgo de viaje. Temo profundamente la compañía de las personas extrañas. Ocurrió que esas personas aburrían, agobian, importaban. De modo que sentí cierta incomodidad cuando se acercó a mí mesa un hombre y, sin más apartando una silla se sentó en ella, pidió su cena y luego, dirigiéndose a mí, me dijo:

—Con su permiso. No tome a mal que me sienta así, a cenar con usted, pero es que, aunque no lo recuerde ahora — nosotros nos hemos conocido antes.

Pensé de inmediato en el gesto de las jóvenes que concurren a bailes y reciben idénticas palabras de boca de compañeros tímidos, deseados de iniciar conversación y me resigné a comer en compañía de aquel posible inoportuno desconocido.

—Nos hemos conocido en Paraná — consiguió — hace dos años. Una tarde en que los dos nos quejábamos del calor y del aburrimiento de la ciudad. ¿Recuerda al Hotel España?

Efectivamente yo recordaba haberme hospedado en el Hotel España de Paraná, recordaba el inaguantable calor de aquella tarde, el aburrimiento de la ciudad y ahora venía a mí memoria la impresión que había dejado en mí el relato de ese hombre al que recién en ese momento estaba recordando en su fisonomía. Era un viajante de comercio que, por mérito de su ocupación, había recorrido la mayor parte de las ciudades y pueblos importantes de la República. Tenía un penoso recuerdo de la ciudad de Mendoza y como yo he nacido en Mendoza, surgió el pretexto que nos unió en conversación aquella tarde, en el Hotel España de Paraná.

El viajante de comercio había llegado a Mendoza una tarde, en los primeros días de abril del año 1927. Pocos días después, mientras dormía en el cuarto de un hotel, frente a la Plaza San Martín, había sido despertado por un fuerte sacudimiento de la cama y los gritos de los huéspedes que mientras huían en diversas direcciones, no atinaban a otra cosa que decir: "¡Tiemblo!" "¡Tiemblo!"

Yo también me encontraba en Mendoza ese día del mes de abril. Un terremoto violentísimo sacudió la ciudad; la tierra tembló, las paredes oscilaron y se quebraron, las cornisas desprendiéndose desde lo alto de los edificios se desmoronaban entre nubes de polvo sobre la población, gritando siempre a las calles, corriendo al fondo de los patios o se acurrucaban en el dintel protector de las puertas. Algunos hombres murieron; centenares quedaron heridos.

El viajante de comercio había presenciado aquel pánico. El mismo debió huir, tal como se encontraba en su cama, deteniéndose tan solo cuando se sintió a salvo en la planicie embalsada de la Plaza San Martín.

—La demás gente volvió más tarde a acostarse — me contaba, cuando cenábamos en el patio del Hotel España, de Paraná —, pero yo no quise volver a mi pieza; me trajeron la ropa a la Plaza y allí me vestí y estuve hasta el amanecer. Esa misma tarde tomé el tren y me fui a Buenos Aires.

Recuerdo que el viajante de comercio me decía que tenía al convencimiento de seguridad casi de que había de morir durante un terremoto y que por ello ya no correreaba sus mercaderías, sino en las zonas del litoral, donde nunca se han registrado movimientos sísmicos de importancia.

—Usted sabe — me decía — que uno piensa que una cosa va a ocurrir de una manera y así ocurre. Nadie sabe por qué, pero el caso es que así ocurre. Y yo estoy seguro de que voy a morir en un terremoto. Por ahora estoy tranquilo; en el litoral no tiemblo, pero... El viajante de comercio, monótonamente, proseguía en su charla sobre los temblores y el temor que tenía de morir en uno de ellos. Finalmente nos despedimos, hasta el día siguiente, y me fui a dormir.

Medio día más tarde me embarcaba de regreso a Buenos Aires y el viajante de comercio hacía lo mismo. Poco después del almuerzo nos encontramos ambos en el coche comedor del tren, mientras la planicie bonaerense se desarrollaba a nuestros costados.

—Estábamos cenando. "Pronto llegaremos a la Sierra de la Ventana" — me decía el viajante de comercio — y verá usted que pintoresco que es eso. Casi tan hermoso como Mendoza...

Al mencionar el nombre de mi provincia el viajante de comercio tuvo como un escalofrío, dejó sobre la mesa la copa con vino que no había alcanzado a llevar a los labios y fijó su

sus vías aumentando para los pasajeros el ruido de las ruedas y los ejes al cruzar los cambios y los desvíos.

Me vestí, guardé los utensilios que habían servido para mi toilette y cerré definitivamente mi valija, dispuesto a esperar, en el coche comedor, haciendo el café matinal, la hora de la llegada a Buenos Aires, cercana ya. Ese programa iba a alterarse, según se sabrá por lo que se sigue de este relato.

Salí al pasillo y me encaminé al coche comedor. El viajante de comercio tenía su camarote en el coche siguiente me proponía preguntar por él, por si se había levantado ya. Sin embargo, cuando flanqué la portezuela del coche dormitorio donde aquél había pasado la noche, algo extraordinario hizo que olvidara mi propósito y tratara de indagar, como lo habían en ese momento numerosos pasajeros allí aglomerados, lo que había ocurrido.

Un médico, conocido en la línea por sus frecuentes viajes, salía en ese momento de un camarote, al que había sido llevado por el guarda del tren y mirando a todos los que estaban allí presentes, dijo:

—Ha fallecido por consecuencia de un síncope cardíaco. La muerte ha sido casi instantánea, aunque el hombre tuvo tiempo de incorporarse en la cama...

Los pasajeros trataban de mirar en el interior del camarote, curiosos por ver el rostro de la persona que tan extrañamente había llegado al fin de su existencia, larga tal vez, sin lograr

tantes, y luego le dije al médico:

—Usted, sabe, doctor, que una persona habituada a dormir en determinado lugar y que accidentalmente ha cambiado de sitio para ello, trasladándose a otra habitación, a otra casa, al despertarse el primero y hasta el segundo día del cambio, no tiene de inmediato un recuerdo de ese cambio. Sus primeras sensaciones de la vigilia se confunden con las de otros despertares de días anteriores, de modo que se incurra en el error de suponerse despertando en un sitio, cuando en realidad el hecho acontece en otro. Es así que se forma un complejo mental equivocado y sucede una desorientación, al no encontrarse en su sitio las ventanas, las puertas y los muebles que habitualmente ve nuestra vista en la habitación cuando nos despertamos.

—Efectivamente — dijo el médico.

—Bien — proseguí. Al viajante de comercio cuya muerte usted acaba de constatar le ha ocurrido algo similar. Era un hombre habituado a dormir en los trenes, pero era también un hombre que tenía la obsesión de que debía morir en un terremoto. Las personas que duermen en los trenes suelen despertarse a menudo, cuando los trenes, cruzando las estaciones, aumentan el estrépito de su marcha por la resonancia de las paredes o cuando los trenes se detienen o cuando los estrépitos cesan. Los marinos declaran siempre que su sueño se interrumpe cuando dejan de funcionar las máquinas del barco. La anomalía en tales casos es el silencio. En los trenes la anomalía es el silencio a el aumento del ruido. El viajante de comercio, cuando el tren cruzaba por las vías de una estación, debe haberse despertado y lo ha hecho sin el recuer-



La Millonaria

Carlos Abregú Virreira

ILUSTRACION DE RECHAIN

—Desinteresados, por cierto. —Pero innecesarios, por cuanto no estoy en condiciones de afrontar un pleito.

—Eso dice usted, señora, por costumbre, por hábito, por defensa instintiva de su fortuna cuantiosa. Todos los ricos son así. Prefieren pasar por ridículos antes que dejar a salvo su reputación; pero esta vez puede estar segura que, en mis manos, es un asunto ganado.

—No dudo, don Juan, pero tal vez tenga usted razón cuando dice que los ricos preferimos el ridículo a los gastos superfluos. A mí, por lo menos, no me molestan las habladurías de misa Chuña. Déjela, pues, que se despaque a gusto.

—Por mí, señora — contestó el Zorro — puede hablar de usted toda la vida. Estamos tratando de sus comprometidos prestigios. —Que a usted preocupan más que a mí.

—¡Nunca! ¿Cómo dice usted eso, señora? Trato el asunto en nombre de una amistada tradicional, como la nuestra.

—Permitame oponer algunas dudas. Todos los abogados habidos y por haber dicen lo mismo, don Juan. Se repiten siempre, sobre todo cuando creen que sus posibles mandantes poseen alguna fortuna más o menos calculada.

—¡Señora Iguana! —No se enoje, don Juan. No particularizo.

—Ha mencionado, sin embargo, "mi caso". —Porque ha de permitirme usted, en nombre de la amistad que ha invocado que le diga que tengo horror a los pleitos, aunque los crea ganados de antemano, sobre todo, cuando ellos estén amenazados, como en este que usted me aconseja, de caer a manos de un zorro pícaro como usted.

—¡Protesto! —¡Bromeo, don Juan! —No admito bromas, señora Iguana. Usted me ha ofendido. Alguna vez se arrepentirá.

Y enarbolando gallardamente la hermosa cola, abandonó la cueva de la Iguana.

Indignado y vengativo, don Juan se trasladó inmediatamente al nido de la Chuña. Se encontraba ésta rasgando una nueva chacarera con verpos alusivos a la Iguana. El Zorro comenzó aprobando la hermosa música de doña Chuña y terminó su prolongada entrevista pactando con ésta una intensa campaña en contra de la Iguana durante todo el verano y parte del otoño, que se tradujo desde el siguiente día, en discursos, mítines, reuniones sociales y bailes populares donde la gran bullanguera obtenía éxitos clamorosos.

Su fama de artista proletaria, de fino humorista llegó a los más apartados rincones del bosque. Hasta el Topo y el puercoespín celebraron sus gregerías sarcásticas y rieron de la Iguana. Pero ésta no se dio por enterada y aguardó sin inquietarse, el día de su revancha. Cuando alguien le hablaba del "asunto", respondía sin reflejar sus momentáneas y envilecidas complejencias:

—No hay mal que dure cien años, amigo. Alguna vez reíré yo también.

Y seguía acumulando riquezas. El invierno la sorprendió desprevenida.

La Chuña, en cambio, comenzó a sentir las inclemencias del tiempo y los azotes de la crisis. El viento, las heladas y la lluvia, le proporcionaron unos pocos días hábiles de sal y de recorridos por las cuevas y los nidos próximos. Su canto se hizo monótono.

Y allí por el mes de julio, el hambre inició en el nido de doña Chuña su acción pectaradora. A las reyertas familiares siguieron los agravios recíprocos. El esposo renegaba continuamente. La desocupación le exasperaba.

Y allí por el mes de julio, el hambre inició en el nido de doña Chuña su acción pectaradora. A las reyertas familiares siguieron los agravios recíprocos. El esposo renegaba continuamente. La desocupación le exasperaba.

La Chuña había olvidado todas sus bellaquerías. Era esto el aspecto más acertado y maravilloso de su vida. Su ansia de belleza y de libertad había influido en su pasado frívolo e intrascendente, al extremo de hacerle sentir, es cierto, el regocijo de una travestura, pero eso era todo. En realidad, nunca quiso ofender a doña Chuña. No es capaz de hacer un daño intencional. Sus bromas no tuvieron jamás un alcance perverso. Estaba segura de ello, y así lo debió haber comprendido la Iguana.

—Es tacaña — pensó — pero tiene un corazón grandote y bueno.

Y obrando, como siempre, por los dictados de su conciencia, llamó a uno de sus hijos, diciéndole:

—Mira, Chingulita: anda y décle a doña Iguana, que cómo ha amanecido; que le deseamos que lo pase bien el invierno y que me preste un poco de mistel y un costal de Algarroba hasta el verano que le devolveré con creces.

Chingulita, que era un pichón despierto y dicharachero, se abrigó bien y sin llamar a la puerta de la vecina, penetró a la cueva casi sin poder hablar de hambre y de frío. La leña y el carbón iluminaban fastuosamente la lujosa alcoba de la millonaria del bosque.

—Pasá, m' hijito — díjole la Iguana en cuanto lo vio llegar. —Qué andás haciendo con este frío, angelito? —Y... nada, p' — respondió Chingulita. — Me manda mi mamá con un "mingado". Dice que cómo ha amanecido; que como está pasando el invierno; que si no le ha dolido la barriga y que le preste un poco de mistel y un costal de Algarroba hasta el verano próximo, en que le devolveré con creces.

—Eso ha dicho? — preguntó la Iguana.

—Que me caiga muerto si no es la pura verdad.

—No dudo de vos, m' hijito — explicó la usurera. — Al fin y al cabo vos sos inocente. La que me asombra es tu mamá, que ha olvidado tan pronto lo que me ha hecho. Vení, sentate, pobrecito, y comé lo que quieras. Aquí tienes miel, Algarroba, mistel, charqui, zapallo-charqui, todo lo que desees; pero decile a tu mamá que para ella no tengo nada; que coma sus versos y sus músicas; que vaya a cantar y bailar con don Juan por el bosque y que venga a decirme después si la vida en este siglo es una fiesta perpetua y descabellada, como ella dice, o una carga pesada en que el trabajo es un continuo canto íntimo y las obligaciones una cordial y eterna preocupación.

—Agradezco sus buenos oficios, don Juan.

—Pero señora! — exclamaba la Iguana cada vez que lograba hacerse oír. — Usted es el símbolo de la intolerancia, del escándalo.

La Chuña echaba a reír, satisfecha de provocar un disgusto a su amiga, pero como no encontraba en el bosque otros seres a quienes molestar con igual resultado, tornaba a cantar cerca de la Iguana, saltando de rama en rama.

—Usted — le decía — es una vieja rabiosa. Ignora lo que es olvidar la vida, con la vida. Por eso nadie la puede ver en el bosque. Mis canciones la exasperan porque usted no hace más que trabajar mientras los otros reposan. El trabajo le resulta a usted de este modo una maldición. Yo no sé qué hará usted con tanta Algarroba y mistel.

—Comerla, señora Chuña — respondió la Iguana — Acumulo alimentos en mí despensa para no morir de hambre en el invierno. Usted no ignora que soy demasiado frívolita y que el reuma y los constipados no me dejan salir durante la implacable estación de las heladas, los vientos y las lluvias. Soy, pues, previsora. Eso es, previsora. En cambio, usted es una atolondrada.

—Cállese la boca, vieja habladora — gritaba simulando indignación la Chuña — usted no sabrá jamás qué es el canto, la poesía, el arte de "ver" y "atravesar" el paisaje. Me irritan los seres de su "clase". Son el materialismo personificado. La inadaptabilidad sin horizontes. Entre los hombres, los seres como usted tienen un nombre especial: usureros. Se les llama usureros. Indiscutiblemente, los hombres son inteligentes. Han inventado una palabra maravillosa.

Pero la Iguana no hacía caso a su vecina. Continuaba su labor previsora, recogiendo con todo cuidado cuantas vainas de Algarroba o frutas de mistel encontraba en el suelo. De vez en cuando, sin embargo, la aconsejaba paternalmente:

—Déje de cantar, señora. Con el canto no sacará ningún provecho práctico. Imítame. Piense en el invierno. Ayúdeme un "poco" aunque sea, y yo le prometo dividir por partes iguales las ganancias en el invierno, que será muy "duro" este año, según los periódicos y las revistas de los Estados Unidos.

—¡Vántala si será ladina! — replicaba riendo estridentemente la Chuña. Ahora quiere enriquecerse a costa de mi trabajo. No, señora, no. Está muy equivocada. Busque a otros, que sean sonoros. Yo me manejo sola y sé perfectamente qué debo hacer.

—Acuérdese que estamos atravesando por una crisis espantosa. Por una época materialista, querrá decir, señora Iguana. Pero no se preocupe de mí. Todavía hay seres en el bosque que saben "distinguir" una buena canción y la pagan bien.

—No tanto, señora. La radio ha arruinado a muchos cantores. Además... frías, frías... me parece (aunque no tengo buen oído), desde luego, que usted no es de las que cantan con esa coquicia comunicativa que trasciende, por ejemplo, el primoroso canto de la calandria.

—¡Ah!... ¡Si! Vean el crítico que me ha salido — gritó alarmadísima la Chuña. ¡Hasta dónde quiere llegar usted! Ahora es capaz de sostener que posee el sentido de la estética, el eterno milagro del arte, la profundidad deliciosa de la música y la poesía. No me haga reír sin ganas, vecina. Cuando se enteren en el bosque de sus pretensiones, será de alquilar las ramas de los árboles para presenciar el espectáculo.

La Iguana, francamente, se había excedido. No eran de las que llegaban tan lejos con sus de la Chuña la había irritado tanto, que perdió el control de sus nervios. Cállate, pues, arrependida de su acción y continuó su labor, sin escuchar otra vez las carcajadas provocativas de la Chuña que, alarmando a todo el mundo y dispuesta a un escándalo sensacional, iba difundiendo a gritos, las pretensiones absurdas de doña Iguana.

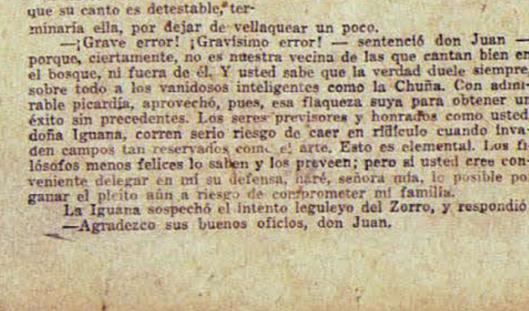
Al anoecer de aquel infuasto día, el Zorro resolvió visitar a la Iguana. No había dado crédito a la Chuña y quiso informarse personalmente.

Todos los animales habían festejado en los más variados tonos de risa esa desconocida y descabellada vanidad de la opulenta burguesía del bosque. Quería conocer la verdad, porque se proponía asumir la defensa al día siguiente, cuando la Chuña prosiguiese, como era de esperar, su campaña difamatoria.

Desgraciadamente — dijo la Iguana al Zorro — he incurrido en esa precipitación lamentable, pero sabe Dios que lo hice sin ánimo de tratar un tema tan escabroso y desconocido para mí. ¿Qué es, yo qué arte, don Juan! Pensé que bastaría a crear a doña Chuña que su canto es detestable, terminaría ella, por dejar de verlaquear un poco.

—¡Grave error! ¡Gravísimo error! — sentenció don Juan — porque, ciertamente, no es nuestra vecina de las que cantan bien en el bosque, ni fuera de él. Y usted sabe que la verdad duele siempre, sobre todo a los vanidosos inteligentes como la Chuña. Con admirable picardía, aprovechó, pues, esa flaqueza suya para obtener un éxito sin precedentes. Los seres previsores y honrados como usted, doña Iguana, corren serio riesgo de caer en rídiculo cuando invaden campos tan reservados como el arte. Esto es elemental. Los filósofos menos felices lo saben y lo prevén; pero si usted cree conveniente delegar en mí su defensa, hé, señora mía, lo posible por ganar el pleito aun a riesgo de comprometer mi familia.

La Iguana sospechó el intento leguleyo del Zorro, y respondió: —Agradezco sus buenos oficios, don Juan.



Una Boca Más

POR José Remo Suffritti
Ilustración de Facio Hebequer

Por la ancha puerta que daba sobre Magallanes se divisaban las arboladuras de barcos carboneros, fragatas, schooner y el enorme edificio de "La Blanca" espejándose en las aguas. Era uno de esos conventillos típicos de la ribera: dos largas hileras de cuartos divididos por el ancho patio lleno de macetas, tinajas y latas desbordantes de clavetes, malvones y helios, no siendo escasas las camelias y otras plantas de Litoral. Las tres largas cuerdas de tender que lo atravesaban a manera de puñalada, desde la puerta al fondo, llenas de ropas, dábanle un aspecto pintoresco; allí se daban cita desde las polleras blancas y las gruesas camisetas de los pescadores y los trajes de agua de los marineros de la pieza seis. Más al fondo, una enorme bata roja cuadrada al suave viento que llegaba del río chiboteando con sus extremos a un elegante vestido de seda verde. Loros, canarios, charrías, en decoloradas jaulas ritmaban sus cantos con los gritos y algarazas de los chicos que, junto a la pileta de lavar, jugaban a la "figurita". La "figurita" del puerto era una sinfonía perceptible desde el patio y allí iban a morir los gritos de los carboneros, el rechinar de las pascetas, el fragor de los baldes y las lingadas de maderas cayendo sobre los muelles. Era un día luminoso y el sol indiscreto, permitía ver algunas baldosas — muy pocas — que no estaban sucias...

En una de las piezas, la número 10, se oían voces susurradas en tono bajo, seguidas de gritos e interiecciones subidas de color. — ¡Ay! ¡Dios mío; que dolor!... — ¡Soporte un poco más, doña Luisa! — ¡A ver! Traigan una palangana o un fontón — decía otra voz. — Es así no más, doña Petrona: apenas si nuestros hombres picados o tres días a la semana... ¡Se acuerda antes, cuántos vapores había en el puerto? — ¡Sí, Magdalena; yo me acuerdo que una vez hubo hasta segunda andana en el Mercado de Frutos. — ¡Ay! ¡Ay! ¡Virgen santa!... Un grito más fuerte y el llanto de un recién nacido ahogó las voces. — ¡Con razón sufría tanto doña Luisa! ¡Miren qué cabeza tiene el varoncito! ¡Qué contento se va a poner Gómez cuando venga del carbonero!... — ¿Qué? ¿Gómez está en el Carbonero? — ¡Sí, Pancha, comenzó ayer con mi marido. Descargan en el "Cory". Parece que tienen para muchos días... — ¡Bastante falta les hace! Han estado casi dos meses sin pesarse nada... — ¡Igual que el mío. Siempre agarran juntos la bordada. — E aunque lo mío Chicho debe avere agarrato lavoro; ha salido a la mañana y non ha tornado. — ¡Dios quiera que así sea, doña Marieta! — Doña Marieta; la viejita Abrucaza que habitaba en la pieza tomó el niño de los brazos de la partera y poniéndolo junto a la madre, dijo: — ¡Ah! Filio bello; manya, manya... e que Dio te de sorte... ¡aluta!

Las obsequiosas y serviciales vecinas se disgregaron cada una para su pieza, quedando junto a Luisa, doña Marieta y Teresa arreglándole el cuarto. — ¡Lo sé, fíjate del mio cuore; tú y el tuo marito no hanno milite sorte. — Ya ve... hasta el mes pasado trabajaba en lo de Canale y con eso íbamos tirando... ¿Cómo se ha puesto la vida? Yo creo, doña Marieta, que muy pronto tendremos que salir las mujeres con garretos a la calle!... — Lo creo; yo tengo sesenta años e nunca he veduto una cosa igual. — El sol, ya casi en el centro de la bóveda, caía aplomo sobre el patio. Los pájaros redoblaron sus canciones, pues habían agotado la provisión de lípiste. Volvían los chicos de la escuela y ello aumentó la algarazca del patio. Las camillas empezaron a chorrear con abundancia; habían llegado los estibadores y se lavaban en las piletas. Sobre la puerta de calle se recortó la figura de Gómez. Se paró un instante, la mirada interrogativa. Doña Marieta le salió al encuentro. — ¡Nondisturbarla, que está dormida... — ¡Y, cómo pasó el trance!... ¿Varón o mujer?

Luisa, la mujer de Gómez, el estibador, a los veintiocho años había dado ya el cuarto hijo. Extenuada, rendida, aplastada por una semana de mareos, vómitos y retorciones, quedó dormida. Doña Marieta salió a preparar el almuerzo a los hombres que volverían de la Ribera y a los dos mayorcitos de Luisa, que iban a la escuela. Lindaban sus piezas y las cocinas estaban juntas. Tomó una olla enorme, una de esas ollas de cobre traídas de Italia, y llenándola de agua hasta el borde, la puso sobre el fuego. Cuando el líquido comenzó a hervir, arrojó dentro un paquete de harina de maíz. En una sartén se doraban las cebollas con los tomates, perejil, tomillo y un pedazo de lomo de vaca. — Eh, figlia mia; mio marito, Gómez e lo bambini manyano hasta que voieno, e tu say?, se arranyamo come potemo lo póvoro. ¡Amanya aunque te, figlia mia! — ¡Cómo no, doña Marieta; me hace un gran favor! ¡Usted sabe que estamos al veinte del mes y aun no he pagado el alquiler!



La Victoria de la Selva

POR Víctor A. Abello
Ilustración de Pascual Güida

ESTUVIERON un rato largo en silencio; luego, él se atrevió a confiarle su secreto. — Dentro de tres días me voy — le dijo — me voy a trabajar en la selva; he firmado el contrato con la compañía y debo partir al fin de la semana. — Habló apurado, casi sin mirarla, temiendo un reproche que lo interrumpiera. Se sentía avergonzado de sorprenderla con su decisión tantas veces desechada a instancia de ella y que, ahora, con su realidad repentina, le aparecía como una traición a la amistad que los unía. — Quiso disculparse, y agregó: — Perdóname. No te he dicho nada antes porque temí que me disuadieras como otras veces. No te enfades, pero... es necesario que me vaya. — La observó furtivo y guardó de nuevo silencio; un silencio humilde que pedía una respuesta. — A Pablo y a Ana los unía un afecto de infancia; con una niñez pasada juntos, con los mismos juegos, las mismas risas, y muchas veces los mismos castigos por idénticas pataletas. El tiempo comenzaba ya a desdoblarse ese cariño fraternal en un nuevo sentimiento que, si bien recién se esbozaba, hubie-

ra podido adivinarse en la solícita ternura de ambos. — Ella tenía entonces quince años; él, escasamente tres más. Pero al mismo tiempo en él despertaba el hombre y la ambición de progreso, de libertad; y en sus horas de ensueño pensaba en algo que cambiase su destino, que lo hiciera a él distinto de lo que era. — ¡Ah, si pudiese ahorrar! Entonces compraría una chacra, y luego... y la magia de su fantasía vestía el porvenir de colores risueños. — Pero no, allí, en su pueblo, nunca ocurriría nada que trocase su suerte; quedándose en él siempre sería un triste peón que vendía su trabajo. ¡Y afuera!... afuera quizá. Sí, ¡Por qué no podría ser? La compañía explotadora de los bosques del Norte pagaba buenos jornales a sus obreros. Era una vida ruda, él lo sabía, pero no importaba. — Y así comenzó a germinar en su mente el proyecto de ir a la selva. En uno o dos años, él suponía podría realizar su sueño dorado de independencia y de progreso. — Ana era su confidente obligada. La niña discutía con mujer con una seriedad ingenua que lo encantaba. Ella reformaba, aconsejaba, y entre ambos forjaban la nueva esperanza. — Pero cuando alguna vez se abordaba el proyecto de Pablo de irse por un tiempo, mostraba la misma hostilidad a la idea, tratando de alejarlo de ella con cualquier razón, y si él insistía, entonces, mohina, terminaba diciendo: "me olvidarás, eso no es una vida para tí". Y él protestaba que no y luego callaba sumiso, dejando que el silencio marcara el fin de esa discusión hasta otra oportunidad análoga. — Así aumentaba en ella el temor de que él se fuese; en él el deseo de irse. — Por eso al responderle tuvo su voz más pesadumbre que sorpresa. — Te vas. — Y renovó el argumento de siempre, ahora inútil: — Me olvidarás, esa no es una vida para tí. — El la tomó de la mano. — ¡Escucha! ¿Qué quieres que haga aquí? Volveré pronto, tan pronto como haya reunido una pequeña suma que me independice. — Y reparó con palabras calidas de entusiasmo los mil proyectos discutidos por ellos. — A su regreso compraría una chacra allí mismo, en el pueblo de ella y de él. Hasta podría ser la del viejo Matías; él había manifestado ya muchas ve-

ces su deseo de venderla. ¡Aquel lugar querido donde habían jugado tantas veces de niños! Y mezclaba entonces recuerdos de ambos, queriendo fundir la tristeza de hielo que los había aprisionado. — ¿Te acuerdas? — preguntaba. — Y ella afirmaba que sí, con un gesto, sin salir de su mudé obstinada, que era su solo reproche: "me olvidarás, no volverás más". — El deseo entonces decirle que lo hacía por ella, por merecerla. Que todos sus anhelos y sus ideales habían nacido juntos con el nuevo afecto que los unía. Pero no dijo nada, porque no encontró palabras para hacerlo; estaba confuso, aturdido, la rusticidad de su naturaleza sentía esas fuerzas nuevas que lo transformaban sin lograrlas traducir en ideas. — La atrajo dulcemente, sin resistencia; y por primera vez la besó en la boca. — Puso en su beso toda su fe y toda su esperanza, como si en él hubiese querido afirmar esos pensamientos confusos que bullían en su mente sin llegar a los labios. — Luego la miró en los ojos. Sus ojos verdes que siempre reflejaban infinita dulzura, estaban ahora opacos de lágrimas, como se empañan un espejo por la acción del aliento. — Pensaré siempre en tí — le dijo quedo. — ¿Y tú? — Sus labios murmuraron apenas: — Te esperaré. — Las primeras jornadas agobiaron a Pablo. Los miembros le pesaban como plomos y el final de los días lo sorprendía con una fatiga física que comunicaba a su cerebro una indolencia de muerte. Luego la noche, con un sueño sin imágenes, lo transportaba veloz hasta la nueva mañana. Y así se sucedían los días, iguales, indiosos, como eslabones de una larga cadena. — Después poco a poco, su cuerpo empezó a vencer al trabajo. Se endurecieron sus músculos, se ensancho su pecho, y el hombre adaptó al fin su máquina al ritmo rudo de los golpes de hacha. — Entonces comenzó una nueva vida para huir de los hombres que le habrían comunicado la brutalidad del ambiente. — Cuando cesaba el chillar de las sierras y el golpear de las hachas, la taberna atraía como un imán a los obreros del bosque. — ¿Vienes muchacho? — El respondía invariable. — No, esta noche me quedo. — Proyectos, recuerdos, todo desfilaba por su imaginación en una armonía preciosa que él siempre recordaría el mismo camino, pero que siempre conservaba su fuerza evocadora; y luego aparecían remotos, como la luz fría de un faro de rada, dos ojos verdes, ora brillantes, ora opacos de lágrimas. Y como un susurro una voz acariciaba su oído. — Te espero. — Otras veces él que casi no hablaba por horas y horas. Él hablaba tierno, apasionado; ella escuchaba atenta como antes. Y eran siempre las mismas palabras repetidas en mil formas



distintas las que lo acompañaban en la soledad de la selva. — Un día volvió. Habían pasado varios años desde su partida y la nostalgia empezaba a roerlo. Además tenía la convicción de haber vencido a su destino: Era libre. Regresaba feliz. — Durante su permanencia en la selva, pocas noticias había tenido de su pueblo. Muy tarde en tarde alguno que lo sabía de allá le comunicaba una novedad ocurrida, pero eran siempre cosas insignificantes para él, ya que nada le hablaba de ella. Porque en su pueblo un solo lazo de afecto lo ataba firme, Ana; él no había conocido padres, en cambio por ella había partido y por ella volvía. — Y haciendo el regreso quería imaginaria recibirlo. Pensaba, que cosas se dirían. — ¡Ana! — ¡Oh!... ¡Pablo! — Se miraron sin atreverse a abrazarse. — ¿Te he sorprendido de verdad? Tu no me esperabas. — ¡Oh! ¡Tanto tiempo!... ¡Qué cambiado que estás!... ¡Qué grande!... ¡Qué fuerte!... Después, pasada la primera emoción se estrecharon las manos, se miraron de nuevo, se hablaron, y empezó a deshacerse la montaña de tiempo. — En los días inmediatos que siguieron al de su llegada, Pablo recorrió su pueblo desahogado por de nuevo otra vez. — Una casa más, una casa menor, una calle, todo despertaba su interés; y él hubiera querido saber hasta el menor movimiento del más pequeño guijarro para poder decir que nunca había estado ausente. — Pero a la novedad de su regreso sucedió pronto una desazón extraña que aumentaba día a día. Ana era la causa de ello. — El esperaba ciertamente encontrarla cambiada. Pero el cambio era demasiado profun-

do; no era solo en su cuerpo, sino también en su alma. — El otro día él le había recordado algo, y ella le interrumpió riendo ruidosa. — ¡Qué cosas lejanas! ¿Cómo las recuerdas? y luego viéndolo mortificado. — Tú eres siempre el mismo, has cambiado muy poco. — En otra ocasión la invitó a pasear. Ella se disculpó diciendo: — Hoy no puedo, es la fiesta de Pedro y yo soy su compañera de baile. Ven tu también. — Pero él rehusó. — Yo soy muy rudo. Prefiero estar solo. — Y tuvo otra vez la sensación de un tiempo impalpable que se hubiera filtrado en su vida sin dejar huella. ¡Cuántas cosas de ella que él no sabía! — Comenzó entonces a padecer una tortura inmensa tratando de encontrar en la nueva Ana que ahora conocía, a la amiga de infancia que había llevado tanto tiempo en su pecho. — Para él se hizo indudable que desde que se separaron habían recorrido caminos distintos, como si hubiesen sidp los brazos de un enorme compás que siempre aumentaba su ángulo. ¡Y él no podría jamás cerrar ese ángulo!



Ya no podía como antes refugiarse en la contemplación de esos ojos verdes que habían sido en su vida su luz y su guía. — Un día le habló a Ana. La incompreensión de sí mismo le hacía insostenible la vida tornándolo más y más hurafío. Solo ella, pensaba, podría liberarlo de la obsesión terrible que lo ahogaba. Y en su deseo de lograrlo, le preguntó ansioso como si quisiera bucar en su alma. — Dime, ¿Tu eres siempre así? — ¡Sí, soy siempre así! ¿Qué pregunta rara! — Seguro. ¿Cómo quieres que sea? — Y rió sorprendida con esa risa bulliciosa que era nueva en ella. — El continuó entonces su pensamiento pensativo; con una voz que se hacía cada vez más baja y cada vez más triste. — Tu tenías razón cuando me dijiste que no volvería... Mañana regreso allá... y hoy te digo adiós. — Ambos se miraron sin lograr comprenderse. — La selva había ganado el corazón del hombre al quebrarse el hechizo de los ojos verdes.

Llorando Bajo la Lluvia por Lucio Miranda



E S inútil, meditaba el niño — me salvarán a tiempo, no podré morir. Tenía apenas trece años, secos, desposeídos de toda ternura. Alto, de cara pálida, con una frente triste, de venas a flor de piel y de surcos. Caminaba a lo largo de la calle que daba sobre el río, recorriendo invariablemente la misma distancia: apenas seis o siete metros. Sentía un peso muerto, un puño caído en la garganta y ese puño parecía haber golpeado con desesperada vehemencia, pocos momentos antes. —Es inútil... sin embargo, yo necesito morir. No, no podría ver de nuevo a mi madre. —Oír esos gritos que me cruzan, que me perforan las sienes... no, no. — Y el niño alzaba la cara, abriendo la boca, en una necesidad de respirar hondo, de libertarse de esa angustia de plomo. Llovía finamente en la tarde. Pero él se sentía mejor, distinto, casi feliz, caminando bajo esa lluvia tenaz. Y con desafiante seguridad pisaba las baldosas desiguales, rotas, sucias. —¡Casi feliz! lejos de la miseria vergonzosa de su casa. ¡Ah! qué horrible cosa es la miseria. Qué repugnante había vuelto el rostro de su madre! ¡Repugnante! Se asombró un poco de su vocablo, casi insultante; pero esa cara magra, de ojos opacos, esos cabellos sin vida, con tantas canas amarillentas, siempre sin alicor... Sí — rechazaba su incipiente emoción — no podría acercarse nunca a un rostro con pena. Rehula, por una necesidad casi física toda tristesa chata, sin rebeldías.

Y su madre revolvió una atmósfera quejosa, maldecía sus mismas lágrimas... Gruñona siempre... —Acaso — se apiadó — tanto inútil esfuerzo en limpiar la sucia miseria maltratada así sus nervios, los agotaría en ese cansancio andado que sólo recriminaba, acusaba injusta, obsecadamente... —Y pensar... — rió con amargura, escéptico, dudando que pudiera haber necesitado nunca ese regazo para apoyar su sueño... —¡Ah! si pudiera ser aún, acaso tendría color de novedad. — y por un momento inclinó la cabeza sobre el hombro en un blando gesto de dulzura. Y en seguida... Pero si hubiera mantel en la mesa y recuerdos que no dolieran aquí — y se golpeaba el pecho hundido con rabia dolorosa — Ni tampoco aquí — y esta vez echaba hacia atrás la testa pálida y dejaba caer los párpados cargados de imposibles. —Peza la vida!... si al menos hallara un rincón para sus sueños... Pero qué. ¡Nada! Ni

Ilustración de PASCUAL GUIDA

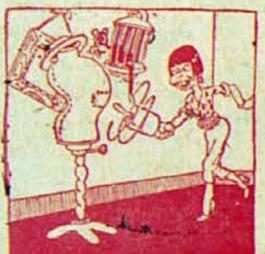
un resquicio salvaba el halo de la dulce imagen que afinaron perfecta tantas tristes vigilias: la de un único día de felicidad conciente, madura, saboreada, total... Luego la tortura de hablar... Ese absurdo decir toda cosa... ¡Decir qué?... ¡Explicar qué?... ¡Quién orillaría su ansia?... ¡Qué sueño podría nunca traducirse! Entonces, qué importaba a nadie que él pudiera demorarse, en el silencio, si era tan suave su apoyo, tan mollida su pausa... Pero ahora también ese silencio le negaba su báculo, lo precipitaba en un pozo de angustias, sofocándolo... ¡Ah! ¡si pudiera morir al fin! ¡Y cayó su mirada infinitamente desesperanzada sobre sus zapatos, rotos. ¡Por qué sería siempre inaccesible el obtener un lindo par de zapatos, nuevos, relucientes!... Dió un puntapié sobre el piso y una de las baldosas quebradas le salpicó un barro acuoso. —Caramba, — recobró la diluida sensación del tiempo — deben ser ya las seis y media o siete de la tarde... Y su remedio ¿a qué horas lo tomaría?... El remedio... ¡Puh! — su lengua paladeó ese gusto acre, ese resbalar gelatinoso de la bebida... —El médico del dispensario dice que estoy tuberculoso o algo parecido y que tengo exceso de sensibilidad... Tanto mejor... Así acabará con todo, me acabará todo... Exceso... ¡qué lindas frases disculpan al destino que se ahinca en ciertas vidas, despiadado... Exceso... y su propósito era... Abrió los brazos, largos, flacos, como si quisiera aferrarse a un ansia de vida distinta, con aire, con ternura, sin penas mal-

dicientes... un ansia que nunca antes había sentido, feliz, arrolladora, potente... De pronto comenzó una marcha, no ya lenta, vaga, sino precisa, segura... una, dos, tres baldosas... cuatro... veinte... —¡Hola... ya es de noche y esta lluvia comienza a molestarte... Levantó la solapa de su saco raído y en seguida, mirando a una baldosa que saltó en trizas al choque de su pisada, sintió envolverse la oleada densa de su antiguo "ritornello". ¡Morir!... Su boca sufrió un sabor parecido al que deja la almendra y notó que el mismo se deshacía en un sollozo roto, desentonado, infeliz y desesperanzado de toda cosa... —Mamá... escúchame, Mamá... es necesario que yo muera en seguida... No debes tratar de salvarme... si supieras cómo me duele la vida... será el momento tan aguardado de mi silencio... ya no cabe la angustia en mi corazón... se me ha hecho merquino, crispado como este puño... El golpe ardid de su sangre lo volverá cáscara endeble, y se quebrará con el primer sollozo... Calló su grave monólogo. Sintió un cansancio que le pareció de siempre, en las espaldas, en la frente. Un cansancio que descubría de pronto en todo su cuerpo y que — estaba seguro — le había acompañado siempre como un estigma o una estrella... Una estrella... Su marcha era ahora menos decidida, se dejaba ir, como deslizando. Sintió en una nebulosa subconciencia, sus pies humedecidos y ligera la cabeza, ligera como si ya flotara destroncada en el río próximo. Las sombras de la noche recién llegadas daban a sus ojos una ceguera agradable, dulce en la marcha... Le parecía, además, que ya no oía nada... y se asombró un poco del latido aun persistente de sus sienes... ¡Iba... ¡dónde! Casi sin percibirse, poco a poco, notó una brillantez plateada, húmeda, hiriendo su mirada, descansada en la sombra... Y se encontró de frente al río negro y grávido de muerte... Sus dedos arañaban, desde largo rato, el filo mellado de su cortaplumas...

Museo de la Confusión

POR Anímula Váguila

El horse Julián de Amenábar ya nos ha dado su segundo dandy con fecha 9 de febrero en una hogareña publicación. El pipe de turno es el afrancesado conde Robert de Montesquiou. Dice el ameno elucubrante, refiriéndose al perjudicado: Alto, moldeado en cada miembro y en cada músculo por su completo gris perla ajustado al tallo como un guante; ceñido y torturado el pie por el botín charolado, poco ancho y menos largo que el estuche de una espada... Ignoro si el hogareño desubridor es un dandy o un lindo Julián, pero dudo en cualquier caso que pueda encontrar distinguida la aglomeración de guantes en el tallo, ya sean de goma, de gamuza, de box o de auto. Sobre la elegancia de utilizar botines poco más anchos y menos largos que el estuche de una espada, la considero superior a la observada en algunos cursilongos que se dedican a ostentar zapatillas menos anchas, aunque de mayor longitud que un bastón estoque o una escopeta de dos caños. En un gráfico noticioso correspondiente al 8 de febrero, comentando los sucesos ocurridos en París últimamente, se expresaba: Los obreros de la limpieza aparecen silenciosamente. Ordenan los restos de la batalla. Limpian los trastos del boulevard. Lavan las manchas de



VIÑOLEANAS

La diferencia que hay en los semblantes de los peatones, yo la dividí en dos categorías: Caras que van a jugar al football, y caras que vienen de jugar al football.

Almacenar mucha cultura tiene el mismo inconveniente de las hormigas glotonas, que no pueden entrar a sus hormigueros, porque acarrear una hoja demasiado grande.

Yo conocí un amigo que fue a la guerra y vino con una pierna menos, un brazo menos y un ojo menos. Tengo la sospecha que no era negocio!

La motocicleta es la matraca a nafta, que se burla de nuestro destruido sistema nervioso.

La gran mayoría de los departamentos en las ciudades, son nichos donde entramos con los botines puestos, para irnos acostumbrando a los otros...

El espejo nos presenta ese otro hermano siamés que está enterado de todas nuestras intimas tragedias.

Cuando un ciudadano dice: "yo soy un caballero", es porque hay un sinvergüenza en puerta.



